

DESAFÍOS TRANSATLÁNTICOS

Los gobiernos de Estados Unidos y del Oeste de Europa colaboraron muy satisfactoriamente a lo largo de muchas décadas durante la Guerra Fría, pero actualmente, a menudo no se ponen de acuerdo y se enfrentan entre sí acerca de importantes temas políticos y estratégicos. No sólo los organismos gubernamentales, también la economía y la cultura de Europa y América parecen moverse en diferentes direcciones. No obstante, el atlantismo tiene futuro: americanos y europeos continuaremos colaborando pese a nuestras diferencias y desacuerdos. No lo haremos porque tengamos un patrimonio común –pese a que esto es importante–, sino porque afrontamos problemas comunes, problemas que tienen su origen en nuestro patrimonio histórico. Son los propios de sociedades ricas y acomodadas, pluralistas y democráticas, con gran movilidad de personas y tecnológicamente expertas. Dichos problemas existen en muchos lugares, pero están más acentuados en Europa y Norteamérica, patria de prósperas civilizaciones liberales. Nos ha tocado arreglárnoslas con estos problemas, con éxito o sin él, con felices o infelices consecuencias, no sólo para nosotros, sino para el resto del mundo.

Christopher DeMuth es Director del American Enterprise Institute for Public Policy Research, AEI (Instituto Americano de la Empresa). Este ensayo está basado en una conferencia sobre «El futuro del Atlantismo», patrocinada por la Fundación para el Análisis y Estudios Sociales (FAES) y el AEI, celebrada en Madrid, el 18 y 19 de mayo de 2006.

Quisiera describir en términos generales seis de nuestros problemas comunes, que ejemplifican de manera abstracta hechos y debates recientes, para después concretarlos con un impactante ejemplo tomado de la política europea actual.

En primer lugar, la tecnología moderna ha incrementado enormemente el potencial del terrorismo como táctica política. Hace sólo un siglo, el coeficiente de mortalidad de estos grupos era de 1:1, igual que hace milenios –esto es, una docena de hombres tenía claro que, con una cuidadosa planificación, podía matar a otros doce seres humanos por sorpresa antes de que ellos mismos fueran abatidos o incapacitados–. Hoy día sabemos empíricamente que un grupo de 10 a 20 hombres puede masacrar a cientos de personas, como en el caso de las bombas en Madrid el 11 de marzo de 2004, o a miles de personas, como en los ataques en Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001. Y sabemos que en teoría este coeficiente ha descendido ahora varios órdenes de magnitud: un pequeño grupo podría matar a decenas, cientos o incluso miles de personas en un ataque sorpresa.

En segundo lugar, desde los fracasos sociales y políticos del Oriente Medio árabe ha surgido una poderosa ideología y un movimiento que se suele llamar islamismo o islamofascismo, que combina elementos de la antigua doctrina musulmana con métodos modernos y la furia del totalitarismo. Este movimiento provee de la motivación fanática y la cohesión de grupo necesarias para planear y ejecutar ataques terroristas; tiene a su disposición la enorme riqueza producida por el petróleo en los países del Golfo, y representa un atractivo más o menos declarado para muchos hombres musulmanes descontentos que viven fuera del Oriente Medio. Estos factores dan al movimiento alcance global y posición social.

En tercer lugar, la mayor capacidad de movilidad de las personas, combinada con las continuas grandes disparidades en el bienestar material y las circunstancias vitales entre las poblaciones de las diferentes naciones han producido olas de inmigración de los países más pobres a los más ricos, especialmente a Europa y Estados Unidos. En general, la gran movilidad de las personas y la alta tecnología representan un fantástico desarrollo positivo. Pero las dificultades de la inmigración masiva presentan retos a la asimilación cultural y al pluralismo liberal diferentes a aquellos a los que nos hemos enfren-

tado anteriormente y aumentan los temores acerca de organizaciones terroristas no detectadas entre nosotros.

En cuarto lugar, la democracia –el sistema característico de gobierno en las sociedades con un nivel de riqueza y educación alta, y el sistema generalizado en Norteamérica y el Oeste y centro de Europa– sufre importantes debilidades junto a sus bien reconocidas virtudes. Algunas de sus debilidades son técnicas, como las sufridas por la mayoría de los sistemas de representación proporcional de las naciones europeas (y de la democracia más joven, Irak), que hacen muy difícil traducir los resultados electorales en mandatos políticos y Administraciones efectivos. Otras debilidades son características de las sociedades que practican la democracia, tales como la multitud de grupos de interés bien organizados que manipulan el poder público con fines privados y, debido a eso, debilitan el apoyo popular y el consentimiento al gobierno. Otras son morales, y consisten precisamente en la fidelidad de los gobiernos democráticos a los sentimientos populares, que habitualmente son vacilantes y confusos. Las democracias «se las arreglan»: evitan llevar a cabo posibles errores catastróficos de comisión llevando a cabo continuos pequeños errores de omisión. Pero, tratándose de problemas que son sutiles y a largo plazo («*gathering threats*» o «amenazas que se acumulan», en la afortunada frase del Presidente Bush), el aumento de pequeños errores y el posponer las cosas pueden finalmente convertirse en una catástrofe.

En quinto lugar, la extrema división del trabajo en las sociedades avanzadas es –así como la tecnología, la movilidad y la democracia– una gran bendición acompañada de vulnerabilidades intrínsecas. La especialización es la clave del progreso económico, según Adam Smith plantea en el primer capítulo de *La Riqueza de las Naciones*. Pero la especialización tiene éxito porque las facultades humanas están en su mejor momento cuando están guiadas por el conocimiento práctico –aquel que es inmediato y específico para la tarea de la que se trate. Y como la división del trabajo progresa, cada conocimiento práctico individual llega a ser una porción progresivamente más pequeña del universo del conocimiento humano. Cada uno de nosotros es bastante experto en nuestra profesión y quizá en alguna actividad más –decoración de interiores, radiología, taxista en el centro de Madrid, técnicas específicas de fabricación, construcción o logísti-

ca, literatura francesa y demás-. Pero hay cada vez más campos que no manejamos, y en estos campos dependemos del conocimiento abstracto y de informes de segunda y de tercera mano, que son mucho menos fiables para opinar y actuar. Muchas de estas cosas nos llegan a través de medios de comunicación populares que se especializan en la comunicación de hechos complejos a través de simples dramas, a menudo con tramas sensacionalistas. Esto explica la paradoja de que la opinión pública en sociedades educadas puede estar no sólo mal informada, sino ser romántica, sentimental y voluble acerca de temas importantes que están lejos de nuestra experiencia diaria.

En sexto lugar, la vida en las sociedades liberales ricas ha llegado a ser extremadamente agradable y gratificante. Queremos que continúe así y muchos de nosotros nos hemos sentido incómodos ante cualquier imposición a nuestro reposo y paz mental. Una característica llamativa de la sociedad occidental, especialmente de sus élites, es que la violencia y el uso de la fuerza han llegado a ser aborrecidos por sí mismos –tanto si es ofensiva o destructiva como si es defensiva o de defensa propia-. También se rechazan o se evitan las menores perturbaciones, tales como «la destrucción creativa» en la competencia económica del libre mercado e incluso tener hijos. En la medida en que los placeres de la civilización deben ser defendidos y mantenidos –a la fuerza se debe responder con fuerza, y mantener la prosperidad requiere un flujo de nuevas inversiones– la persecución del bienestar imperturbable resulta una actitud corta de miras.

Juntos, estos seis problemas son una seria amenaza a la moral social y pueden constituir un paradójico proceso en el que los principios liberales y su consecución están socavándose a sí mismos. Este potencial siniestro se manifestó en Holanda en las últimas semanas, en el caso de Ayaan Hirsi Ali, una somalí de nacimiento, nacionalizada holandesa, de brillante intelecto y coraje, que había inmigrado a Holanda hacía catorce años. Consiguió el estatus de asilada y se integró de manera enérgica en la sociedad holandesa: aprendió la lengua, trabajó en diferentes puestos, fue a la universidad y finalmente se dedicó a la política llegando a ser diputada. Pero, sus puntos de vista, especialmente respecto a la doctrina musulmana y a los derechos de la mujer eran extremadamente controvertidos (ella es musulmana no practicante, llegó a Holanda huyendo de un matrimonio concertado

con un familiar lejano que no conocía). Después del asesinato del cineasta Theo van Gogh y repetidas amenazas de muerte a ella misma, se le proveyó de guardia armada y seguridad en su casa. La opinión pública, asustada por sus puntos de vista y actividades provocadoras, y enardecida por noticias estrafalarias confeccionadas por sus oponentes políticos, comenzó a volverse en su contra.

Finalmente, un tribunal holandés la desahució de su apartamento en respuesta a una demanda interpuesta por sus vecinos. El tribunal sentenció que la presencia de Hirsi Ali violaba el derecho de sus vecinos a «sentirse seguros» en sus casas, un derecho garantizado por la Convención Europea de Derechos Humanos. Esta sentencia fue legalmente legítima, pero éticamente monstruosa. La Convención es ejecutable en los tribunales holandeses y estipula que «toda persona tiene derecho al respeto de su vida privada y familiar, de su domicilio y de su correspondencia». Pero esta decisión significó que todos los holandeses (y por implicación todos los europeos) tienen el derecho a la ausencia de Ayaan Hirsi Ali de su vecindario¹. Esta interpretación –destierro nacional– fue declarada efectivamente poco después, cuando el ministro de inmigración holandés, basándose en declaraciones falsas en la solicitud de asilo de Hirsi Ali en 1992, revocó su ciudadanía con efectos absolutos. Esta decisión fue legal y monstruosa a la vez. La falsedad de su solicitud –usó el apellido de uno de sus abuelos en vez del apellido de su padre y declaró que había llegado directamente desde Somalia en lugar de vía Kenia y Alemania– no obligaba a la decisión, pero fue legalmente suficiente para el ejercicio discrecional del ministro. Pero las falsedades habían sido pequeñas, intrascendentes, ya estaban obsoletas y fueron necesarias para que una chica joven pudiera escapar de la intolerancia y, probablemente, de peligrosas circunstancias; han sido de conocimiento común en Holanda por muchos años (Hirsi Ali las había declarado públicamente en 2002) y conocidas todo el tiempo por el ministro de inmigración. Además, eran similares a los expedientes que miles de inmigran-

¹ Los vecinos también se quejaban de que las medidas de seguridad adoptadas para proteger a Hirsi Ali constituían una molestia inaceptable para ellos. Esta queja podría haberse resuelto modificando las medidas de seguridad. Pero el tribunal falló que no se habían demostrado adecuadamente las molestias y basó su decisión de desahucio en el hecho de que los vecinos «se sentían inseguros» debido a la presencia de Hirsi Ali y sus medidas de seguridad.

Cuadernos de pensamiento político

tes en Holanda habían usado para asegurarse la ciudadanía, sin la amenaza de una posible revocación.

Al margen de la solución final de este caso, es horrible que una ciudadana de una nación moderna y liberal haya podido ser separada y exiliada por razones políticas –y que todo esto sea el resultado de un puntilloso democrático proceso legal (incluso en nombre de los «derechos humanos»)–. La opinión pública, el soberano moderno, preguntó: «¿no nos libraré nadie de esta turbulenta mujer?», y las autoridades del moderno gobierno captaron la indirecta y accedieron diligentemente, usando los medios modernos a su disposición.

Hay mucha gente en Estados Unidos y algunas personas en Europa que son optimistas respecto al futuro y confían en que la civilización liberal recuperará su equilibrio y vencerá los inquietantes e insidiosos retos a los que hace frente. Instituciones tales como AEI y FAES son depositarias de este optimismo y tendrán que trabajar juntas en esta causa común.